ble, todo se reducía á cuestión de nombres, de abstracciones y de capciosos distingos. Y todo, porque aun no había aparecido un ingenio resuelto, batallador, poderoso, enérgico, de facultades iniciadoras, que patrocinando una evolución filosófica, pusiese fin al *statu quo* entronizado, que con mano hercúlea domeñara aquella enseñanza defectuosa, arrojada sobre los hombres gigantescos de las generaciones sucesivas, á semejanza de un hábito demasiado estrecho, que impedir debía forzosa y fatalmente el libre vuelo de las inteligencias por los horizontes ilimitados de la ciencia experimental; que sanara el enervamiento de las energías pensadoras, cambiando la fisonomía de tan bella institución, como lo es sin duda la de la enseñanza seminarista, con sólo quitarle el aspecto de pesada fortaleza de la Edad Media, falta de aire y de luz, como el vestíbulo de regia tumba, y le comunicara el risueño colorido de magnífico santuario del Arte, de las Letras y de las Ciencias en su vasto y maravilloso conjunto; que colocara la Filosofía tomística, con el séquito de ciencias que le son anexas, en las inteligencias de los educandos, y que fundiera con el candente sol de la razón ilustrada las alas deleznables del Icaro infeliz del seudo-escolasticismo, mito legendario de todo error en el entendimiento, así cantado por el poeta de "Las metamórfosis" y de "Los tristes:" *Icarus icariis nomina fecit aquis.*

Eso era el Seminario Conciliar de Guadalajara hasta el año de 1867: un campeón poderosísimo de la filosofía escolástica, no hostil ciertamente á la civilización moderna; pero conjeturándola vana y hasta perjudicial á sus intereses morales, despreciador constante de las conquistas por élla realizadas, oponiéndolas la resistencia invencible de la inercia á fin de no enterarse jamás de la verdad de sus ideales, de la lógica de sus deducciones y razonamientos, de la luminosa prueba de sus derechos y de la fuerza incontrastable de su dominación en las sociedades.

En ese año, gobernando esta Sagrada Mitra el Sr. Vicario Capitular, Lic. Don Jesús Ortiz, varón docto, eminentemente progresista y de fecunda iniciativa, ordenó entre otras mejoras trascendentales, la de que los Sres. Catedráticos fueran inamovibles en las asignaturas que regenteaban; paso acertadísimo que concordando con la entrada al profesorado de los Sres. Dr. Don Agustín de la Rosa, tan versado en Filosofía y Lingüística; Dr. D. Felipe de la Rosa, tan conocedor de los sistemas filosóficos de la escuela moderna; Dr. Don José de Jesús Torres, tan competente en los estudios matemáticos, físicos y astronómicos; Pbro. Don Lauro Díaz Morales, tan notable en Filología comparada, en Gramática General, en Filosofía especulativa y en ciencias exactas, y Pbro. Dr. Don Ramón López, tan acucioso, tan dedicado y tan sobresaliente en esos mismos ramos, exornados con sus felicísimas disposiciones para las Bellas Letras y en particular para la Oratoria y la Literatura, preparó al Seminario Conciliar de Guadalajara la senda que debería conducirle en breves días á prodigiosa y envidiable altura.

IV.

La verdad en orden al entendimiento, será siempre antigua; pero su conocimiento evolutivo, no puede ser sino de hoy, y en gran parte de mañana: comulgamos sin divergencia alguna con las ideas filosóficas de Platón y de Santo Tomás, con las de Aristóteles y de San Agustín; pero no sin reparos y notables selecciones hacemos el estudio de los sistemas didácticos, ora se trate del idealismo místico y trascendente del fundador de la Academia, ora del espiritualismo realista, impenitente y refinado del creador del Liceo; ya nos aventuremos en el idealismo divino, para comprender el dogma filosófico de la soberanía exclusiva de Dios, ya penetremos en el materialismo puro para desentrañar el principio de la soberanía absoluta de la naturaleza, ya en fin toquemos el idealismo humano para estudiar la teoría de la soberanía tan glorificada del hombre; porque si dos son los únicos métodos que conducen al entendimiento humano al estudio de todas las verdades: el de inducción y el de observación; el sintético y el analítico; la subdivisión en las escuelas varía al infinito: se considera á Dios como una substancia inmóvil y absorvente, y nace el panteísmo; se le atribuye universalidad activa y vivificante, y aparece el deismo; se cree que la razón humana puede enseñarnos lo que se debe adoptar como cierto y aquello que se ha de rechazar como absurdo, y surge la criterología escolástica; se niega esa competencia, y vamos irresistiblemente á la Revelación Divina; se exagera la importancia de las sensaciones, y allí está el sensualismo de Locke y Condillac; se convierten las ideas en sensaciones, y la desnudez y la fealdad repugnante del materialismo brutal de Helvecio y de Holbach, es una consecuencia indeclinable; se concede preponderancia absoluta al raciocinio, y luego se impone el entimema de Descartes: "*Pienso, luego existo;*" se otorga influencia decisiva á la voluntad, y le toca su turno á la frase célebre de Fichte: "*Quiero, luego soy.*" En fin, tropezando aquí, allá y acullá, iremos siempre de la escuela ecléctica á la doctrinaria; de la racionalista á la puramente psicológica; de la idealista del filósofo de Koenisberg á la de la perfectibilidad indefinida ó sansimoniana; de la socialista á la católica, y en ésta, desde la de la fé robusta de M. de Bodald, hasta la de la expiación excogitada por el genio melancólico de Ballanche, desde la de la intransigencia teocrática del conde José de Maistre, hasta la del misticismo de Lamennais y la de la unción piadosa del sublime Lacordaire. Hay, pues, que penetrar en el simbolismo obscuro de la metafísica subjetiva con la antorcha del método para hallar el punto en que se compenetran las ideas y la forma; la línea en que se realiza la fusión de lo real y lo ideal; el protoplasma en que se unifican la ley fundamental y el germen de su desarrollo, cuya solución maravillosa da la ciencia como principio y objeto trascendental de la verdad cognocible, ora se la considere en el instante de su concentración en el entendimiento, ora en el de la coordinación

metódica de sus múltiples cognomentos, ora, por último, en el de su propagación en las escuelas.

El Seminario Conciliar de Guadalajara, preciso es confesarlo, había carecido de Maestros, de Pedagogos, en la acepción genuina de esta palabra, porque "educar no es sólo dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida:" la antigüedad le había dado el espíritu de la ciencia, pero no el modelo para transmitirla, para depositarla con fruto inmediato y seguro en las inteligencias juveniles. Sin embargo, en la historia todo tiene su instante preciso, el que desde *ab eterno* le estaba señalado en el curso invariable de los sucesos humanos; todo, como afirma Tolstoi, "está ligado *a priori* á la marcha general de los sucesos y de la humanidad, y su sitio está fijado con la antelación de una eternidad;" y las instituciones científicas, como los individuos, nacen y tienen su infancia, se perfeccionan y tienen su juventud, realizan sus ideales y llegan al apogeo de su carrera.

Todos están conformes en llamar á la década de 1871 á 1881, la EDAD DE ORO del Seminario de Guadalajara; porque en esos diez años el personal docente compuesto de los eximios DDrs. de la Rosa Don Agustín y Don Felipe, Reynoso Don Jacinto, Camacho Don Rafael S. (hoy Ilmo. Obispo de Querétaro), Baz Don Miguel, Sánchez Don Eduardo (después Obispo de Tamaulipas), Parga Don Florencio, Torres Don Jesús, Díaz Morales Don Lauro, López Don Ramón, SILVA DON ATENOJENES (hoy Obispo de Colima) y Díaz Don Ignacio (hoy Ilmo. Obispo de Tepic), presididos por la dulcísima y patriarcal figura del Rector, en aquellos días de eterna remembranza, Lic. Don Francisco Melitón Vargas (despues primer Obispo de Colima, trasladado á la silla Apostólica de Tlaxcala en la Provincia eclesiástica de Puebla de los Angeles); esa pléyade de hábiles pilotos en el oceano sin límites de las ideas, marcó un rumbo propicio al derrotero de la ciencia, y la Filosofía del Angel de las Escuelas se abrió paso, avanzó y tomó asiento inconmovible en este baluarte de la civilización jalisciense. Ellos pudieron comprender muy bien el alcance de esta verdad emitida en nuestros días por un ilustre escritor francés: "el límite de una ciencia sólo está en la impotencia humana." Y no se cruzaron de brazos, ciertamente: ensayaron sus fuerzas y realizaron una evolución, que con tanta ventaja como denuedo ha substituído desde entonces la observación científica á las elucubraciones sin base de la imaginación perturbada por los misterios seudo-filosóficos de la edad antigua. Es fuerza, sin embargo, hacernos entender: no negamos el pasado, ni su relativa grandeza; hacemos tan sólo constar el presente con sus saludables y gloriosas conquistas, con sus ideales generosos y sus aspiraciones tracendentes hacia el estudio de lo verdadero, y vamos á señalar con regocijo al genio que le realizó, le trazó ruta libre y preciso desarrollo, y con autorizado y poderoso aliento, dijo al Seminario de Guadalajara, lo que el Salvador del Mundo al paralítico de Cafarnaun: *levantate y camina.*

Mas en aquella legión de sabios, dos inteligencias sobre todo se unieron para la victoria; dos adoradores de la ciencia lucharon juntos por el sagrado triunfo de la Filosofía verdadera, vaciada en nuevas formas, según los métodos de Kleutgen, Liberatore, Prisco, San Severino, Tongiorgi, Fray Zeferino González y demás profesores ortodoxos de la escuela moderna que allende el oceano se distinguían como valerosos campeones de la cruzada abierta en contra del racionalismo germánico, los errores de la escuela Escocesa y el hiliotelismo infecundo de los discípulos de Kant y Schopenhauer; dos campeones esforzados, cuyos espíritus conocedores del movimiento intelectual contemporáneo, marchaban al paso de la civilización en sus conquistas, llevando por divisa la gloriosa sentencia de Virgilio: *Felix, qui potuit rerum cognocere caussas,* plantaron allí, en aquel baluarte docente, atalaya del progreso científico, el pabellón irresistible de esa unidad potente de la doctrina tomística de la que éllos fueron aquí, vida, gala é impulso incontrastable: los beneméritos Doctores Don Ramón López y Don Atenógenes Silva, llevaron á cabo aquella renovación provechosa, implantando el estudio profundo de la Filosofía en todas sus ramas, de la Lingüística, de la Filología comparada, de la Metodología empírica, racional y antropológica, y de las demás ciencias congéneres, adelantándose casi una década á las prescripciones infalibles del egregio Leon XIII en su Encíclica *Aeterni Patris,* y adivinando con la profunda previsión del genio esta teoría admirable que en sus "Estudios biológicos" acaba de darnos á conocer el sapientísimo profesor del Colegio de Agustinos de El Escorial, M. R. P. Zacarías Martínez: "este método (el de la antigua tradicional Escolástica), en otras edades legítimo, no lleva hoy á ningún resultado práctico. Peor es condenar las nuevas hipótesis científicas en nombre del dogma ó del credo católico; quien así proceda lucha con armas desiguales y expone á la religión á perder algo de su grandeza y dignidad. A la hora presente debe el apologista descender al detalle, estudiar la Naturaleza; recorrer museos y laboratorios, formar colecciones, medir cráneos, usar del microscopio, comprobar y aquilatar las observaciones propias y las agenas, empleando al exponerlas los términos técnicos corrientes, si quiere librarse de las críticas materialistas." . . . .

En todo, no cabe duda, los Sres. López y Silva se aventajaron á su época; pero en lo que lo hicieron de una manera asombrosa, fué en la Didáctica: se propusieron ser maestros, y lo fueron, de aurora y de zenit á la vez: ¿en dónde están hoy sus substitutos? . . . .

Concretándonos al Sr. Silva, tal como tuvimos la ventura de que su labio nos enseñara á pronunciar el *alfa* de la ilustración, lo recordamos perfectamente: poseía las condiciones que el ilustre Balmes enumera como necesarias para salir airoso de las empresas: *conciencia tranquila, designio premeditado y voluntad firme.* Mirarle, en aquel entonces, en la cátedra, bastaba para convencerse de que el joven profesor era todo un talento; oírle hablar, ya daba la certidumbre de que en él solo, se encerraba un porvenir.

Por eso hoy, al contemplar cómo sus compañeros de profesorado se doblegan ante la autoridad científica de su palabra, y acatan los fueros de su encumbrada jefatura espiritual, en manera alguna nos sorprendemos: ¿acaso su labor intelectual no fué el manípulo de José, ante el cual se inclinaban y le rendían adoración y vasallaje los otros once manípulos de sus hermanos?....

Llegará un día el Seminario de Guadalajara, en virtud de la ley ineludible del progreso, á mayores y más prestigiadas alturas; será el sol fecundo de esta apartada región de nuestra patria; realizará el ideal de los institutos de su género; pero que tenga en cuenta y que jamás olvide las palabras eminentemente filosóficas del proverbio árabe: "el mérito es del iniciador, aun cuando el sucesor lo mejore."

V.

EL hecho de poner en manos de la juventud estudiosa los autores más renombrados de la ciencia moderna, engendró de manera natural é irresistible el amor á la cultura social, posesionándose aquélla, inopinadamente y sin advertirlo, de los principios fundamentales del saber, y con éllos, de los modelos artístico-literarios del mejor gusto y de los cánones del bien decir; y de allí, la literatura jalisciense, como manifestación de los conocimientos científicos, obtuvo un desarrollo violento y entró en un período de esplendor que hasta nuestros días, por aventajados que se les juzgue, no ha vuelto á producir ni en tan extensa escala, ni mucho menos con la elevación y profundidad de aquellos conocimientos. Recuérdese que precisamente de esos días fueron las Sociedades Literarias: *"Munguía y Carpio," "Manuel Acuna," "Tonetematchilis," "Aurora Literaria," "Fe y Progreso," "Tribuna," "Bohemia Jalisciense,"* y la docta y excelsa *"Alianza Literaria,"* á las cuales, en su mayor parte, daban aliento y vida las inteligencias privilegiadas que bebian la cultura ó acababan de satisfacer su sed de ilustración en las aulas seminaristas.—¡Ah! pero aquellos jóvenes, aquellos ingenios de regia estirpe —permitásenos en elogio de nuestra edad así llamarles —traían á los centros literarios la doctrina substanciosa que se les había sabido inculcar; manejaban la Dialéctica con soltura y maestría; abordaban la Metafísica, la Ontología, la Psicología empírica y racional, la Ideología, la Teodicea, la Cosmología y la Historia de la Filosofía, con seguridad y dominio de la ciencia; se lanzaban á los campos de la Filología, de la Lingüística, de la Gramática General, de la Bella Literatura, y de la Filosofía del lenguaje, como iniciados en los profundos secretos de esos ramos importantísimos del saber humano, y las árduas y trascendentales cuestiones sobre las ideas universales y el origen del conocimiento en el hombre,

eran á cada paso planteadas, discutidas y resueltas con singular pericia y en apoyo de teorías ortodoxas brillantísimas, que como moneda corriente tenían su legítimo valor en las operaciones del entendimiento. Nadie ignoraba entonces que como dijo un sapientísimo Argentino: "la *Idea* es la vista ó imagen de la ciencia y del arte, reproduciendo en el espíritu la representación falsa ó correcta del ser de las cosas. No se llega á la posesión de las ciencias y de las artes, sino por el vestíbulo de la Idea, en que se trasparenta su ser ideal, para ser encarnado en la plasticidad del estatuario, del poeta y del pensador, de cuyos mármoles, bronces, telas y hojas de papel, surgen las ideas como el rayo, ó como legiones fascinadoras arrebatando al espíritu en su luminosa huella. La ciencia y el arte son la generación del Espíritu y de la Idea, unidos en el amor de lo bello y de lo verdadero"..... ¿En dónde se habla hoy de algo que se roce con tan sublimes como elevados principios? ¿Quién trata en esta época del sistema sensualista de Bacón, de los extravíos filosóficos del cartesianismo, del panteismo ó del nihilismo de la escuela germánica, del semi-espiritualismo tímido y vergonzante de la escuela escocesa, ó del sincretismo absurdo de la teoría ecléctica? ¿En qué plantel se enseña á refutar, hoy en día, los errores de la escuela de Cousin sobre la verdad, de la de Lamennais acerca del consentimiento común, de la de Vico sobre el criterio de causalidad, de la de Kant relativa á su *Crítica de la razon pura,* de la de Espinosa sobre las prescripciones de la razón, de la de Gall acerca de la frenología, de la de Struve en sus investigaciones craneo-antropológicas persiguiendo "el clasicismo estético de los monarcas del pensamiento," de la de Louvret sobre el *intermediario* psíquico, de la de Allan Kardec acerca del *peri-espíritu,* de la de Aubin Gauthier respecto del *alma vital,* de la de Fichte, Schelling y Hegel sobre ideología, de la de Marheineke relativa á la *identidad* de la Moral cristiana y la Moral filosófica, de la de Tomasi acerca de la separación absoluta de la Etica y del Derecho Natural, de la de Rabinet sobre la moralidad de las acciones atribuidas á un *sentido corporeo,* de la de Smith respecto de la *simpatía,* de la de Hutcheson sobre su teoría *sentimentalista,* de la de Rosmini tratando del *imperativo categorico,* y en fin, los de las teorías absurdas de Alberti, Cumberland, Grocio, Ahrens, Puffendorf y Damirón? ¿Quién se dedica ya á dar á conocer la estructura admirable de la lengua Griega, su belleza incomparable, su riqueza filosófica, su harmonía perfecta, y sobre todo su competencia indubitable para probar la grandeza de la razón católica en sublime concordia con las enseñanzas profundas de la Fé?....

Siempre mereció Guadalajara, con orgullo de propios y beneplácito de extraños, el título de *Atenas Mexicana;* y pudiera muy bien llevar, con legítimo derecho, como Córdoba la hermosa perla de Andalucía, el distintivo honroso de *alma ingeniorum parens,* pues cuna y asilo de una falange de poetas, de un corro sublime de artistas, de una legión escogida de sabios, ha sido y es en la actualidad el emporio de la civiliza-